

LA CARIDAD DE LA CRUZ

En esta próxima Semana Mayor, en que haremos pública protestación de fe, no debemos olvidar realizar el ejercicio de la caridad que tanto la sustenta y brindarnos incondicionalmente a la Esperanza, que tanto nos conforta, ya que Jesucristo es el Salvador, el único capaz de haber liberado al hombre del pecado y de la muerte a través de su Cruz y Resurrección, y de brindarnos la vida divina. Su muerte en la Cruz es el mayor acto de caridad que tuvo Cristo hacia la humanidad, al redimirnos con ella.

Ya nos dijo San Juan: «Es imposible amar a Dios, a quien no vemos, si no amamos antes a nuestro prójimo, a quien vemos» (Jn 4,20), por lo que debemos llegar a pensar, querer y sentir como Jesucristo mediante la oración, la lectura y reflexión del Evangelio y en el sacrificio personal mediante la humildad: «Si me amáis cumpliréis mis mandamientos» (Jn 14,15). Cristo nos dejó un nuevo mandamiento: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado» (Jn 13,34) por el que debemos ejercitar la disculpa y la clemencia, la generosidad y la comprensión. Si actuamos así, todos los motivos de duda y hostilidad que nos impiden amar a nuestros hermanos desaparecen y se nos muestran como lo que son en realidad: personas que sufren por sus debilidades y sus limitaciones al igual que nosotros.

Debemos aprender de Jesús a rezar, a perdonar, a sembrar la paz y a estar cerca de los necesitados cultivando las virtudes a las que nos conduce la caridad: justicia, fortaleza, constancia, paciencia, amabilidad, servicio, obediencia, pobreza y abnegación. Así pues, no podemos culpar a nuestros semejantes de sus necesidades y sí ayudarlos a superarlas.

No debemos olvidarnos de la Virgen María, nuestra Madre, quien durante toda su vida actuó según la voluntad del Padre y se entregó de forma plena a colaborar con la misión redentora de su Hijo, sin negarse nunca a lo que Dios le pidiera, y que no nos pide a nosotros más que lo siguiente: «Haced lo que Él os diga» (Jn 2,5). En Ella fructificó tal amor a la voluntad de Dios que la abrió al amor infinito hacia todos los hombres, gracias al que disfrutamos de su protección incondicional. Ya en Canaá nos demuestra esta gran sensibilidad hacia las necesidades de los demás y, al pie de la Cruz, recibe del mismo Jesucristo la misión de ser Madre de todos los hombres, tarea que no deja de desempeñar con infinita solicitud. Debemos ser reflejo de su amor cuando veamos las penalidades de nuestros semejantes y no dudar en ayudar a paliarlas.

Es bien cierto que la caridad es uno de los pilares indiscutibles de nuestras hermandades, pero no lo es menos que, tras nuestra Santa Madre Iglesia, desde la sociedad se nos reclama mayor ejercicio de la misma, ofuscada por la presunción de boato de nuestras cofradías. Ante esto, debemos recordar que la caridad es anónima, que de los pobres no se presume, se les ayuda, que la caridad verdadera es aquella que se hace sin que tu mano derecha se entere de lo que hace la izquierda y que nos rige, como siempre, el amor a nuestro prójimo y no un afán de protagonismo, tal y como nos siguen demostrando nuestras diputaciones de Caridad con su abnegada y callada labor.

Hace poco el Papa Francisco nos dejó estas palabras: «La Cuaresma es un tiempo propio para las renunciaciones. Privémonos cada día de algo para ayudar a los demás». A tenor de ellas me gustaría invitaros a reflexionar sobre unas palabras de la Madre Teresa de Calcuta que tanto me han aportado personalmente: «No tenemos en nuestras manos la solución de los problemas del mundo, pero ante los problemas del mundo tenemos nuestras manos».

Juan Luis Ortiz González

Artículo publicado en la Revista 'Azahar' en el año 2014